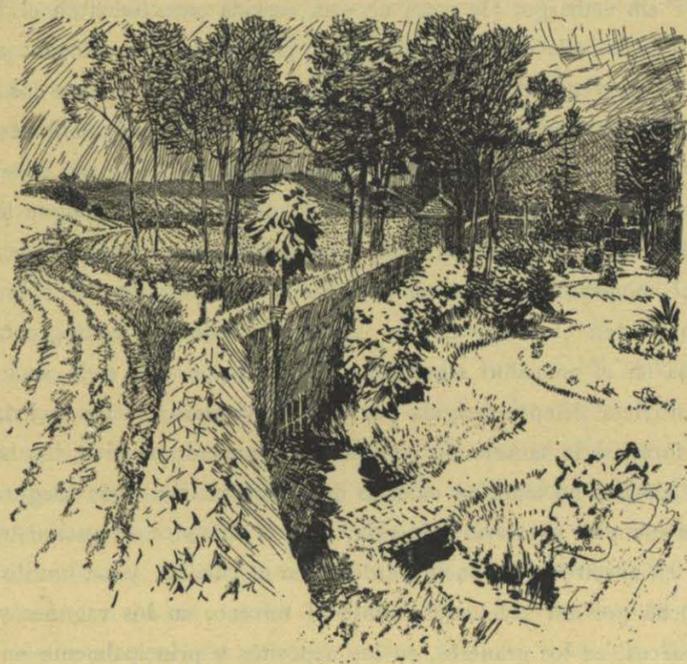


dos y que les asegura, no sólo el monopolio de la tierra y de los productos de la tierra, sino también las fábricas y todas las obras del trabajo humano; sobre todo el poder, el derecho de llamarse los amos y de dominar, en efecto, adulados, respetados y adorados por aquellos á quienes oprimen.



## LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

*La Producción libre y la Distribución equitativa para todos: tal es la resolución que exigimos al porvenir.*

### CAPÍTULO IX

DESARROLLO RÁPIDO DE LA INDUSTRIA MODERNA.  
PERSONAL OBRERO. — DIVISIÓN DEL TRABAJO. — MAQUINISMO.  
PROGRESOS Y RETROCESOS LOCALES.  
CONSTANTE ESTADO DE GUERRA EN LA FÁBRICA.  
IGNORANCIA GENERAL DEL BIEN PÚBLICO. — COMERCIO; DECADENCIA  
DEL COMERCIO AL POR MENOR. — CARAVANAS, FERIAS, ADUANAS.  
CONCORDANCIA DEL CAPITAL Y DE LAS LEYES.  
FRAUDES PERMITIDOS. — TZIGANOS, JUDÍOS. — PRODUCCIÓN  
Y DISTRIBUCIÓN, COMPRA Y VENTA.

**N**o menos antigua que la agricultura, la industria ayudó rápidamente á despertar el sentimiento de la propiedad personal, puesto que los objetos elaborados por los primeros artesanos fueron considerados ordinariamente como la cosa de su productor, y no podía extrañarse que los conservara para sí mismo ó que los diera á quien quisiera. Pero puede decirse que,

en el conjunto del movimiento económico, la propiedad industrial se desarrolló en las sociedades humanas paralelamente á la propiedad territorial. Allá donde la gleba no se erizaba de puestos terminales ni de cabañas, el barco y la herramienta no eran cuidadosamente conservados y vigilados. Á la propiedad familiar del cercado correspondía la de los muebles, instrumentos y armas que en él se hallaban; asimismo el territorio del clan, de la tribu, del municipio, comprendía sus «pertenencias y dependencias» en objetos de la industria humana. La gran propiedad comprendía, no solamente campos, praderas y bosques, que hubieran debido unir á toda una población, sino que también poseía individuos en calidad de clientes, de siervos, de esclavos ó de mercenarios, y la riqueza de la morada señorial añadía, á las cosechas recogidas en las trojes, ricos vasos, metales y piedras preciosas, telas, tapices y tinturas: el monopolio se hacía sobre todos los productos del trabajo humano.

Los progresos de la ciencia, por una parte, y, por otra, el desarrollo de la navegación y la construcción de caminos permitieron á la industria tomar un singular avance sobre la agricultura. Esta no disponía más que de los perfeccionamientos realizados en algunos grandes territorios, y por extensos que fuesen, por manera inteligente que se hiciera el cultivo, era imposible al propietario extender los límites de su imperio y aumentar la multitud de sus clientes, porque la Naturaleza ponía límites á su ambición. Pero ya el manufacturero de los primeros renacimientos en los municipios y las ciudades libres, en Italia, en Francia, en Alemania, en Flandes, veía en su rededor ensancharse el horizonte; por la compra de las primeras materias podía aumentar indefinidamente los productos de sus talleres y expedirlos de mercado en mercado hasta el fin del mundo conocido; por el crédito ilimitado, disponía de la fortuna de los demás lo mismo que de la suya propia; comerciante no menos que industrial, ó al menos asociado con el tesorero, movilizaba por los préstamos, los empréstitos y las operaciones de banca, todas esas inmensas propiedades que quedaban casi inertes en poder de sus poseedores; por último, mandaba á los reyes y dirigía así los diplomáticos y los ejércitos: se practicaba en el aprendizaje de su futuro oficio, la dominación del mundo.

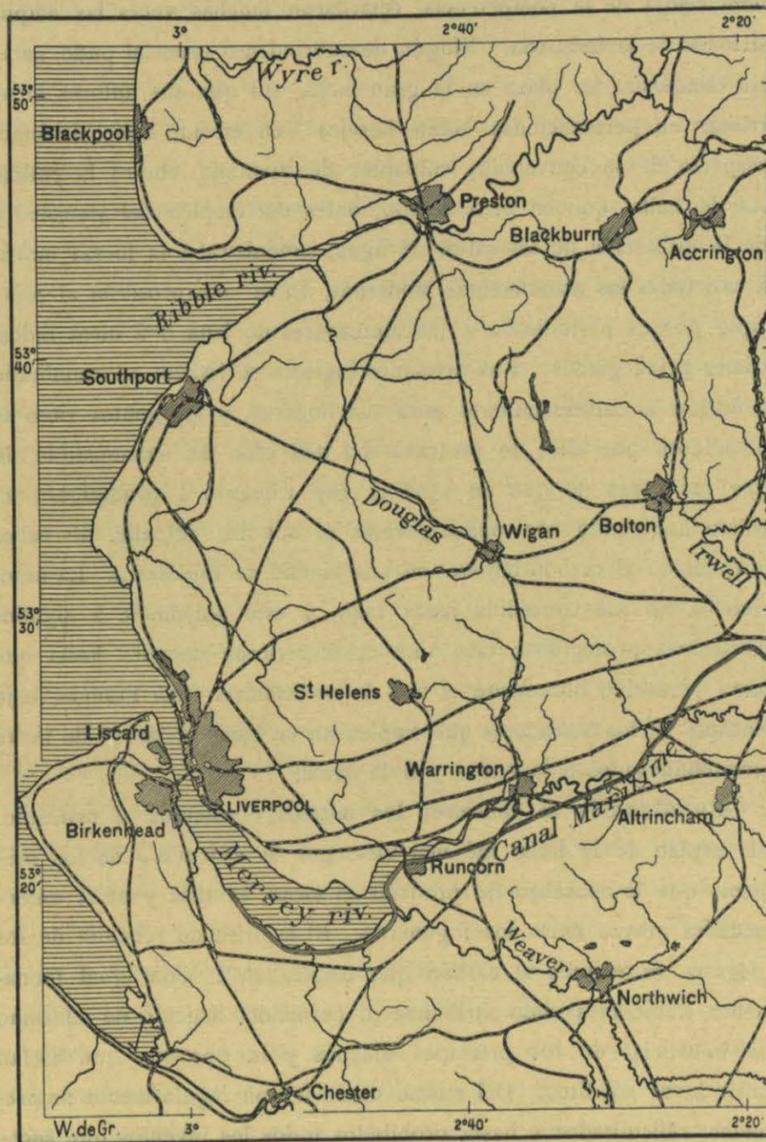
Sin embargo, el odio á lo nuevo, al mismo tiempo que la rudeza celosa de la competencia, retardaron muchas veces las adquisiciones de la industria. Ningún descubrimiento especial pudo nacer sin conquistar su plaza en la gran lucha, sin que sus autores incurrieran en persecuciones como herejes: en efecto, eran blasfemos respecto de lo convenido, culpables de atentado contra la rutina. Así la hulla, que en otro tiempo, antes del empleo del petróleo y de la utilización de los saltos de agua, suministraba la fuerza motriz á casi todas las manufacturas modernas, había sido proscrita al principio porque perjudicaba á los mercaderes de leña ó á otros industriales privilegiados. Los artesanos ingleses se habían acostumbrado á utilizar el carbón mineral para sus hogares, y las gentes ricas se ofendieron por ello, so pretexto del mal olor del combustible, lo que fué causa de que en 1305 el rey Eduardo I promulgara un edicto castigando con penas severas al súbdito culpable de haber introducido el carbón mineral en una ciudad de Inglaterra. La autorización no fué concedida hasta 1340, y esto solamente á algunos fabricantes protegidos; cien años transcurrieron después hasta que fuera permitido libremente el uso de esa materia. En Francia, bajo Enrique II, los herradores que empleaban en París el carbón de tierra eran condenados á la multa y á la cárcel<sup>1</sup>.

En Alemania se opusieron los mismos obstáculos al principio. El empleo de la hulla fué mal visto por la «ciencia» de los médicos, que le acusaban de producir el asma, la tisis y otras enfermedades graves entre los fogoneros. El espíritu de rebeldía de los Liegeses se atribuía al carbón que empleaban<sup>2</sup>. Con igual fundamento hubieran podido atribuirse al pernicioso artículo de consumo las injusticias de los príncipes obispos y la opresión que hacían sufrir á sus súbditos. Del mismo modo fueron regularmente despreciados, ridiculizados y hasta prohibidos todos los inventos que sucedieron al empleo de la hulla, y sabido es cuán difícil fué introducir el uso de los ferrocarriles en los diversos países de Europa occidental, donde los hombres más juiciosos se pusieron de acuerdo para declarar que jamás locomotora alguna subiría una pendiente ni me-

<sup>1</sup> Paul Noël, *Origine et analyse du charbon de terre*.

<sup>2</sup> A. Boghaert-Vacké, *La Nature*, 1.º Enero 1898, p. 71.

N.º 570 y 571. Distrito industrial de Inglaterra:

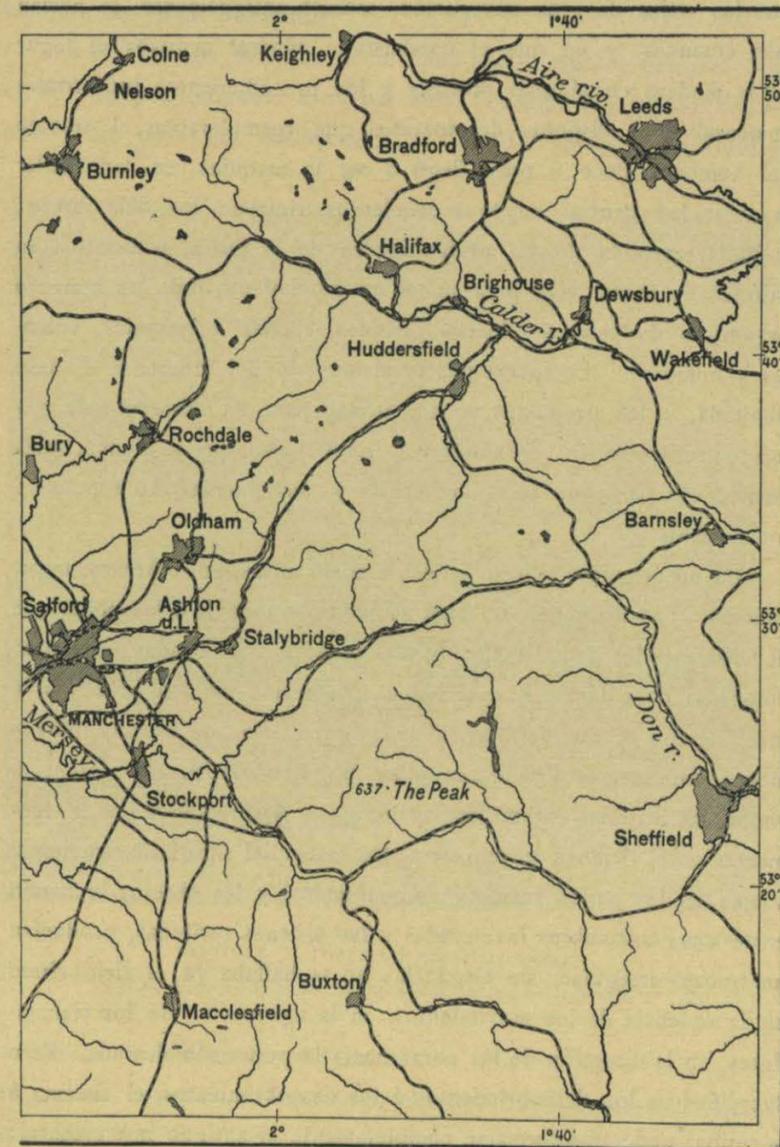


1 : 500 000

0 10 20 30 Kil.

nos remolcaría tras de sí vagones cargados. Los sabios negaban hasta la misma evidencia, no queriendo dar razón al hecho contra la enseñanza clásica.

Lancashire y Yorkshire occidental.



Una vez en marcha, los talleres de las manufacturas no se han detenido; sin embargo, más de una vez ha disminuído la velocidad de su carrera por las guerras internacionales y las revoluciones intestinas. Su gran desarrollo, de rapidez creciente, su vertiginoso impulso que permitía á los observadores sagaces predecir ya su

importancia futura, no comenzó hasta el siglo XVIII, en la época en que los viajes de gran navegación, escasos antiguamente, se hacían más comunes, y en que el combustible mineral ocupaba el lugar de la madera en algunas fábricas y los procedimientos industriales comenzaban á disponer de aparatos que reemplazaban el trabajo del hombre. Poco á poco llegó á ser la máquina en cada taller la divinidad central cuyos movimientos rimaban los del obrero; la hulla, extraída de las profundidades de la tierra, transforma su calórico en fuerza viva para poner en movimiento todo un inmenso organismo de palancas, bielas, pistones, ruedas, engranajes, volantes y hombres. La fuerza puesta al servicio del industrial se hace ilimitada, y los productos se amontonan para un número cada vez más considerable de consumidores. El Vulcano, que la ciencia había encadenado para que le forjara armas y herramientas, no reposa ya un momento.

En un principio la gran industria tomó un aspecto bárbaro, feroz, titánico. Las máquinas, no bien acomodadas todavía á las obras que el fabricante les pedía, tenían formas pesadas, complicadas, extrañas; colocadas en edificios que se habían construido para el trabajo á la mano y con el uso de herramientas hereditarias de escasas dimensiones, estremecían los techos y las paredes con su estruendo; el vapor, las materias carboníferas y los gases desprendidos por las fermentaciones, viciaban la atmósfera; los restos del antiguo instrumental yacían en los patios sucios y nauseabundos, y los obreros luchando entre unas costumbres inveteradas y las órdenes recibidas, producían un trabajo irregular, sin elegancia: no se hallaba ya el viejo ritmo en la cadencia de los movimientos, en la agrupación de los trabajadores, en la dirección de las obras hacia la perfección deseada. Pero sucediéndose los descubrimientos á los descubrimientos, el sistema á la rutina, pudo transformarse completamente el antiguo instrumental; los trabajadores de la industria se acomodaron perfectamente al nuevo estado de cosas, han aprendido, por decirlo así, á vivir en el fuego, en medio de las corrientes eléctricas, en el centro mismo de la lucha entre las fuerzas del caos primitivo, á dominarlas por completo, y esto sin esfuerzo, por actos tranquilos y dominadores: mueven una manivela, cambian de lugar una aguja, tocan un botón y todo cambia

á voluntad, en una medida exacta, regulando cada una de las oscilaciones del ritmo dominante.

El personal de la industria no tiene ya los mismos nombres que en los tiempos antiguos: á nuevas obras corresponden nuevos órganos. Para una tarea tradicional, que el hijo, aprendiz respetuoso,



Cl. J. Kuhn, París.

LEADVILLE, AL PIE DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS  
Mina principal de plomo argentífero del Estado del Colorado.

no había de modificar, bastaba conocer las primeras materias, siempre las mismas, los procedimientos, practicados escrupulosamente como ritos religiosos, las formas preferidas por los grandes mercaderes y por los reyes, y esas formas no debían dejar de imitar las que agradaban á los antepasados. El artesano no necesitaba la iniciativa.

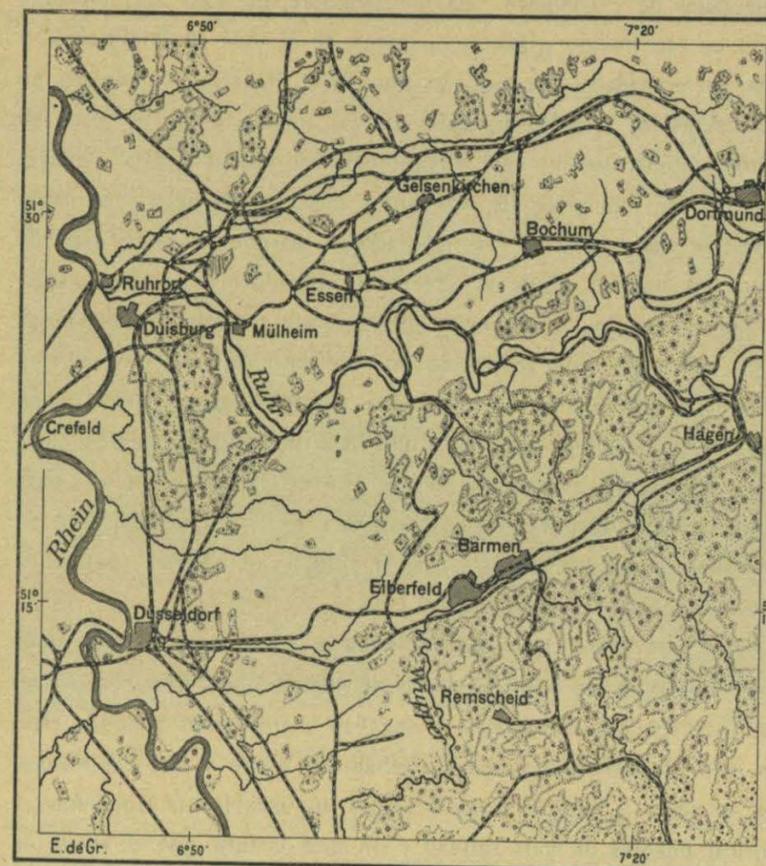
No hay duda que el oficio prosperaba más, y hasta progresaba en cierta medida cuando era ejercido por jóvenes, y sobre todo por hombres libres, pero el trabajo no se detenía cuando el propietario de la empresa le confiaba á esclavos, dirigido por capataces de con-

dición relativamente libre. La industria moderna no puede ya acomodarse á tales agentes; no que se haya hecho más compasiva que antes, en este concepto no ha cambiado, por no tener nada que hacer con el sentimiento; hasta por definición, no puede buscar más que el beneficio; pero habiéndose hecho más activa, más móvil, viéndose obligada á vivir con el siglo y á seguirle, hasta anticiparse á sus oscilaciones, no podría acomodarse á una institución pesada, inmóvil como la esclavitud, con sus hijos de pecho y sus viejos impedidos. Necesita asalariados, á quienes se admite cuando parecen dispuestos al trabajo, para la obra precisa á que convienen su fuerza, su destreza y su musculatura. Se les conserva tanto tiempo cuanto son útiles á la empresa y producen más que lo que cuestan; después, cuando son una carga, se les despide. El mes, la quincena, la semana y, en ciertos trabajos, el día solamente, representan la duración del contrato, y la lucha comienza, incesante, encarnizada, furiosa, por la tasa del salario, que el trabajador quiere aumentar y que el patrón quiere reducir.

Suelen imaginar los economistas que la división del trabajo es una de las conquistas de la industria moderna, cuando es, por el contrario, una de las condiciones esenciales de todo trabajo colectivo, y no faltó jamás en el trabajo del hombre, como tampoco en el de nuestros antecesores los animales. La división del trabajo se practica espontáneamente por los monos, las gamuzas, los gallos, hasta las carpas y muchas otras especies que, desconfiando con motivo de sus enemigos voraces y del bípedo humano, no descuidan colocar centinelas alrededor del lugar de pasto, de reposo ó de placer. El más bello ejemplo de la división del trabajo es el que dan las aves de paso, que, en su travesía del inmenso espacio aéreo, se suceden espontáneamente en el esfuerzo continuado contra el fluido resistente. Comprendida de esta manera, la división del trabajo procede de la perfecta solidaridad, la cual sólo es verdadera cuando su origen es absolutamente espontáneo y si en un trabajo colectivo cada uno escoge alegremente su parte, según sus fuerzas, su naturaleza, su capricho del momento y sus conveniencias, porque la perfección del trabajo no puede realizarse sin un acuerdo sincero de las voluntades y la adaptación mutua de las diversas aptitudes.

¡Qué admirables trabajos y, al mismo tiempo, qué fiestas de la inteligencia y del sentimiento son las obras productos del entusiasmo entre amigos que leen recíprocamente en sus ojos á qué instru-

N.º 572. Distrito industrial del Ruhr.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

La aglomeración de Barmen-Elberfeld tiene más de 300,000 habitantes; Düsseldorf y Essen más de 200,000; Duisburg, Dortmund, Gelsenkirchen, Bochum y Crefeld más de 100,000; las otras ciudades indicadas en el mapa, excepto Ruhrort, más de 50,000 habitantes.

mento se ha de echar mano y qué fuerza y qué amplitud conviene dar al movimiento de sus músculos!

¿Se piensa acaso que no sean más que asalariados los obreros que en dos años, hasta en dieciocho meses, llevan á buen fin

los modernos «galgos de los mares»? Se han necesitado generaciones de trabajadores de las construcciones marítimas para que puedan edificarse, con rapidez creciente y previsión absoluta, ciudades flotantes cada vez mayores, á las cuales se confían en cada viaje miles de existencias. Es indispensable que cada ser, tomando parte en ese trabajo gigantesco, ponga en él toda su inteligencia y toda su actividad. He aquí lo que decía Baker, el ingeniero en jefe del puente del Forth, hablando de aquella obra, entonces en curso de construcción, ante una reunión de sabios: «Este puente — que tiene tres arcos de seiscientos metros cada uno — es esencialmente una obra de los trabajadores, porque el éxito depende tanto del ingenio y de la inventiva individuales y colectivas de los obreros como de los conocimientos científicos de los ingenieros y de la organización preparada por los jefes de las obras. Parecería increíble cuántas veces en una construcción tan nueva como esta, los trabajadores han tenido que recurrir á su propia inteligencia — en el momento mismo, sin esperar instrucciones de nadie — para hacer frente á dificultades imprevistas; y gracias á ese espíritu inventivo de todos los participantes, la obra ha podido ser continuada y terminarse sin accidente».

Por otra parte, ¡qué miserable tarea aquella en que los amos dividen la obra sin apreciar, hasta sin conocer bien á los obreros, en que los capataces embrutecen y engañan al trabajador y donde éste, sin otro objetivo que su paga, trabaja sin gusto y sin entusiasmo. Así se llega á edificar construcciones inutilizables ó mortíferas, á fabricar puentes de mala calidad y de mala factura, que el viento de las tempestades se lleva como una tela desgarrada<sup>1</sup>. Lo propio de la división del trabajo y su ideal es, no sólo aumentar la producción, sino principalmente «hacer solidarias las funciones divididas»<sup>2</sup>. Mas, por una extraña contradicción, acaba por malear y pervertir la producción, y por separar los colaboradores en castas enemigas.

Proponiéndose la división forzada del trabajo, considerándola como un objetivo, no sólo para aumentar los productos, sino también para separar á los obreros, aislarlos unos de otros y asegurar

<sup>1</sup> Puente del Tay, hundido en 1879.

<sup>2</sup> Emile Durkheim, *De la division du Travail social*.

su propio poder por el fraccionamiento de las fuerzas adversas, la industria moderna, lo mismo que el funcionamiento de las instituciones gubernamentales, han llegado á veces á hacer imposible el acuerdo de los órganos que piensan ó se supone que ejercen el pensamiento y de los que realizan la tarea material: «Guárdate bien de razonar, eso es de mi incumbencia». Tal es, bajo diversas



Cl. L. Cuisinier.

LA BUSCA DEL ORO EN EL URAL

formas, el lenguaje hablado en casi todas las fábricas, en todas las oficinas, aunque el patrón inteligente haya de reconocer que esa división perjudica á la cohesión necesaria entre los elementos constitutivos de la obra. Una máquina no se construiría jamás si el inventor sólo diera trabajo á obreros absolutamente especiales en cada tarea para limar, cepillar, recortar, clavar, que no tuviesen ninguna idea del conjunto, y ésta no se llevaría á buen término sino teniendo todos en su mente la imagen de un mecanismo completo.

Recuérdese la siniestra profecía de Adam Smith<sup>1</sup> declarando que

<sup>1</sup> *Richesse des Nations*.

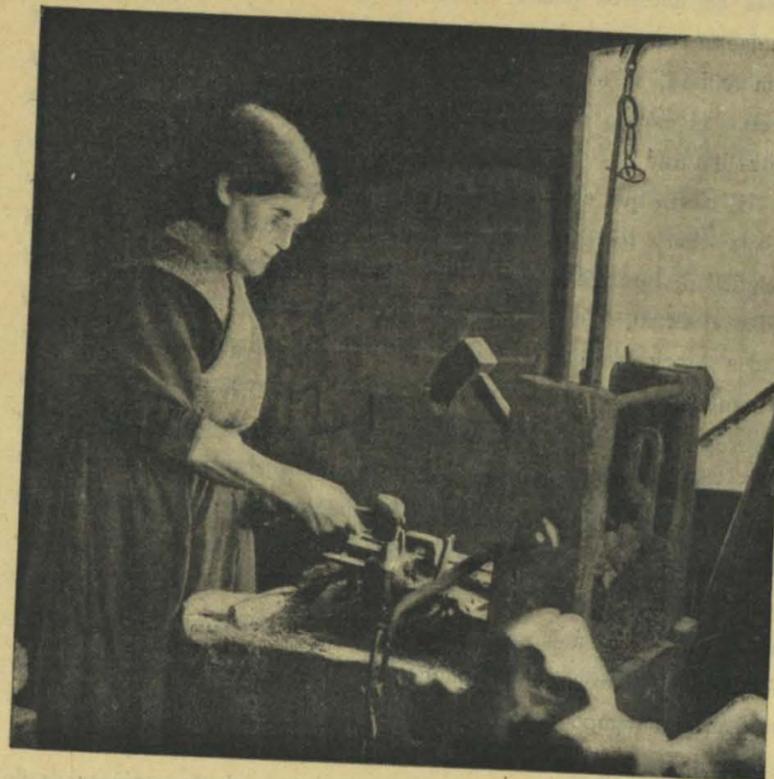
por el hecho de la división del trabajo y de la inevitable repetición de los procedimientos á que los obreros se ven condenados, su inteligencia se atrofiará forzosamente y se volverán «tan estúpidos é ignorantes como pueda llegar á serlo una criatura humana»; asimismo se entorpecerán sus facultades morales, y serán «incapaces de apreciar ninguna conversación razonable, de experimentar ninguna afección tierna, generosa ó noble, ni, por consecuencia, de formular ningún juicio sano sobre la mayor parte de los deberes, aun los más comunes, de la vida privada».

Esa profecía sólo se ha realizado parcialmente, porque la evolución de la industria moderna, aumentándose continuamente en velocidad, trae consigo cambios bastante rápidos para afectar á la educación de los obreros. Como en todo otro fenómeno histórico, las consecuencias de esta evolución se hacen sentir doblemente en progreso y en retroceso. Hubo progreso en la introducción cada vez más general y completa del maquinismo, no solamente por efecto del aumento enorme de las riquezas, sino también á causa de la participación cada vez mayor de obreros en la ciencia de la mecánica y en todos los conocimientos que á ella se refieren: electricidad, química, trabajo de los metales; los trabajadores instruidos son ya legión y las escuelas industriales se multiplican para ellos<sup>1</sup>. Se comienza á comprender que cada trabajador serio debería poseer á fondo la ciencia — ó las ciencias — de que su tarea diaria es una manifestación. El antiguo término de «excluido de su clase», pierde su significación, ó al menos, al lado del alumno del liceo, hijo de burgués, que *desciende* al rango de obrero, se coloca el obrero, hijo de obrero, que se educa para ser mejor obrero. Poco á poco se impone la síntesis de los trabajos intelectuales y manuales, la ciencia se hace activa, y se acerca el período en que el cartógrafo será un perfecto geógrafo, en que el químico desempeñará las funciones de pocero; en que el herrero estará al corriente de los progresos de la metalurgia.

Pero aún no hemos llegado á esto más que para una ínfima minoría: mientras que los conductores de la máquina aprenden y se

<sup>1</sup> Louis de Brouckère, *Conférence au groupe des Etudiants collectivistes de Paris*, 30 de Mayo de 1899.

elevan al primer rango entre los que piensan, otros obreros, reducidos á la triste condición de ruedas vivientes de la maquinaria, fogoneros, anudadores de hilos, costureras y cardadoras, condenados á repetir el mismo movimiento millones y mil millones de veces,



MUJER CLAVERA EN MUSGROVE, CONDADO DE WORCESTER

En el distrito de Musgrove muchas mujeres se dedican á ese oficio. La tarifa de fabricación es de 68 céntimos por 1,150 clavos. Dos trabajadores que emplean la misma fragua quince horas diarias llegan á ganar 15 francos semanales, de los cuales han de deducir 1'90 de carbón y 4'40 de alquiler de casa con taller; quedan 8'70 para comer, vestir, etc. Según Florence Thorne Ring, en *Sweated Industries*, p. 52.

llegan á no tener más que la apariencia de la vida; la raza se halla atacada en su principio, puesto que las mujeres, los hijos, todos aquellos á quienes la debilidad física obliga á contentarse con salarios insuficientes, están destinados á esas tareas de estupidez y de depauperación. ¡Cuántas ciudades y comarcas hay cuya población ha perdido en belleza, en fuerza y en inteligencia, en alegría y en